

## CAPÍTULO XXXIV

### Fin del viaje alrededor del mundo

La muerte de tantos millares de inocentes había producido sobre mí y sobre otras muchas personas una impresión de las más penosas. La estancia en Blagowestchensk se tornó tan odiosa, que algunos habitantes abandonaron la ciudad al fin del bombardeo.

Yo no podía, por desgracia, seguir su ejemplo, pero estaba decidido, en la primera ocasión que se presentara, á trasladarme más hacia el Este, región que desde largo tiempo despertaba mi interés; quería ir á vivir á la ciudad comercial de Vladivostok y esperar pacientemente allí el día en que conforme á la ley podría volver á mi hogar. Esperaba obtener el consentimiento de la administración, y entretanto el deseo de dejar Siberia era cada día más ardiente y pensaba muchas veces en la posibilidad de una fuga, pero me preguntaba si valía la pena de comprometer la libertad relativa que tan cara había comprado después de diez años de estancia en las prisiones siberianas. En el caso de que mi evasión no terminara bien, debía esperar toda la severidad de la administración, y yo no estaba en la edad en

que se soportan como en la juventud las más duras privaciones, porque había ya pasado de los cuarenta años. Dudé así hasta la primavera de 1901. En esta época, ciertas consideraciones me impulsaron á tomar la decisión definitiva de burlar la vigilancia de mis carceleros y escaparme cuando comenzara la navegación sobre el Amor. Las circunstancias me favorecieron. Uno de mis amigos, que tenía numerosas relaciones, me ofreció su ayuda.

Formamos el plan siguiente, que era completamente realizable: Yo debía llegar hasta Khabarovsk sin ser notado y después hasta Vladivostok, y en esta ciudad encontraría ocasión de tomar pasaje á bordo de algún barco extranjero que me conduciría al Japón. El proyecto se realizó con ayuda de mi amigo.

No puedo escribir todas las particularidades de mi evasión de Siberia, donde estaba sometido á la más rigurosa vigilancia por parte de la policía.

Baste decir que cuando me encontraba ya á bordo del barco que me debía conducir á Khabarovsk, se hallaba también á bordo un comisario de la sección en que yo estaba inscrito para la vigilancia de la policía. En el primer instante quedé espantado, porque pensé que se había descubierto el plan, pero poco después me convencí de que el funcionario había ido allí á despedir á algunos amigos que saltan en el mismo barco, y no tuvo la idea de que me evadiera de Blagowestchensk en su propia nariz; creyó que estaba á bordo con el mismo objeto que él. Me las arreglé de manera que me perdiera de vista, y sin duda en el momento de la partida creyó que había vuelto á mi casa. Encontré en el barco algunos

conocidos, todos habitantes de la ciudad, pero estaban á cien leguas de creer que iba á dejar la Siberia para siempre.

Nuestro barco era un remolcador y avanzaba muy lentamente; se detenía en todas las aldeas escalonadas á las orillas del río y gastó cinco días para transportarnos á Khabarovsk. Allí experimenté una de las sensaciones más terribles de mi existencia, porque en el momento de saltar á tierra todos los viajeros debían mostrar su pasaporte, y naturalmente, yo carecía de él. Arreglé la dificultad quedándome á dormir en el barco y á la mañana siguiente fuí á casa de uno de mis amigos, que vino á buscarme á bordo, así como á mi equipaje, y me ofreció hospitalidad mientras estuve en Khabarovsk.

En el curso de mi fuga hacia el Este encontré ocasión de ver que la construcción del camino de hierro daba al país un desenvolvimiento considerable. Las aldeas florecían como el campo después de la lluvia y no tardaban en transformarse en ciudades. Khabarovsk, que no era al principio más que una localidad sin importancia en la confluencia del Ussuri y el Amor, se transformó bien pronto en una ciudad que servía de residencia al gobernador general de la provincia del Amor. La situación de la capital del inmenso y rico distrito es muy pintoresca. Está situada sobre una gran elevación de terreno cortado á pico, que avanza como un inmenso castillo entre los dos ríos. El interior da la impresión de un gran cuartel; la mayor parte de los edificios están construídos por el plano oficial, y no se ven más que militares por todas partes. Como en la mayoría de las ciudades rusas, las calles no están pavimentadas, y en cuanto llueve se ponen intransitables. De noche

están débilmente iluminadas por faroles de petróleo, muy distantes unos de otros, pero tiene un museo bastante bien instalado.

Acepté con gusto la invitación de mi amigo, que me pedía ir á verlo á Nikolsk-Ussuriisk, que se encontraba en mi camino. Esta aldea se había elevado desde el año anterior á la categoría de ciudad. Así como otras numerosas plazas de la región del Amor, estaba llena de militares, lo que demostraba claramente que no había acabado todo con la China y que se hacían los preparativos en espera de una guerra con el Japón. Como esta comarca está entre la China, la Corea y el Japón, podía ser un excelente teatro de operaciones militares: el gobierno ruso tomaba sus medidas desde largo tiempo antes, y esto hacía que todo el país ofreciera el aspecto de un inmenso campamento.

Después de una estancia de veinticuatro horas en Nikolsk-Ussuriisk, continué mi camino hacia Vladivostok, puerto comercial muy pintoresco, que cuenta cerca de treinta mil habitantes y al que se predice, no sin razón, un brillante porvenir. Su situación es espléndida, y en cuanto á su instalación general, es mejor con mucho, no sólo que las ciudades siberianas, sino que muchas de Rusia. Estuve tres días en Vladivostok, esperando la próxima partida de un paquebot extranjero. Por fin vi llegar la última noche que pasaría sobre el suelo siberiano. No dormí un momento, pensando que á la mañana siguiente saldría de aquel país, al que ya me había habituado, y con el temor de ver mi evasión fracasar en el último momento. Tantas sorpresas y azares habían trastornado los planes mejor combinados en mi vida, que siempre esperaba un resultado fatal. Pero todo salió bien. Por

la mañana temprano me encontré á bordo del barco que partía para el Japón.

Cuando levó anclas y no estuve amenazado de ningún peligro, me invadió una extraña tristeza. Dejaba el destierro y la prisión, pero también una patria que me era querida. Así el hombre se habitúa á todo, hasta la servidumbre y la esclavitud. Mi tristeza estaba justificada por el hecho de que renunciaba, tal vez para siempre, á la esperanza de volver á mi hogar.

\*  
\* \*

Era un día sombrío; espesas nubes ocultaban el cielo, y la lluvia caía á torrentes. Nuestro barco se balanceaba con violencia y numerosos pasajeros se veían atacados de mareo.

El navío navegaba á lo largo de la costa de la Corea y nos detuvimos veinticuatro horas en cada uno de los dos puertos de la península: Gensan y Fusan.

Salté á tierra con otros pasajeros y visité las ciudades, que se parecen mucho á las del Japón; tienen su influencia moral y económica, justificada por la situación geográfica, y cuantos esfuerzos haga la Rusia por combatirla resultarán inútiles.

Además de las dos ciudades citadas, visité una aldea cerca de Gensan y quedé sorprendido por su aspecto completamente primitivo. Estaba constituida por una sola calle extraordinariamente estrecha y rodeada de casas viejas con los techos de paja. No tenían ni puertas ni ventanas, las cuales se reemplazaban por planchas movibles, y toda la población vivía en plena calle; allí desempeñaban los oficios, comían y guisaban.

Cinco días después de la partida de Vladivostok, el navío se detuvo en la bahía de Nagasaki. Luego que los médicos hubieran cumplido la visita de sanidad, tomé puesto en una de las numerosas chalupas que estaban alineadas cerca del barco y me hice conducir á un bote próximo. En comparación con los establecimientos rusos del mismo género, éste me pareció bien instalado, limpio y económico; los camareros sabían algunas palabras rusas. Necesitaba decidir en Nagasaki el camino que había de seguir para volver á Europa. Podía ir por Suez y detenerme en alguno de los puertos occidentales, que era lo más corto y menos caro, pero yo quería aprovechar la ocasión para conocer América del Norte, y de esta manera realizaba un viaje, hecho á pesar mío, alrededor del mundo. Pregunté cuándo salía un barco para San Francisco y supe que dentro de nueve días. Resolví aprovechar este tiempo en visitar la ciudad.

Nagasaki es una población bastante grande, que cuenta con más de cien mil habitantes; está graciosamente extendida sobre varias colinas que rodean una bahía muy extensa. La mayoría de las calles son tan estrechas, que no pueden pasar carruajes. Los caballos son reemplazados por hombres, que tiran de cochecitos de dos ruedas llamados *kurnei*. Estos *hombres caballos* son tan numerosos, que se les encuentra en la puerta de todas las casas ó formando grupos delante de los almacenes y hoteles. Rodean á los extranjeros y les ofrecen sus servicios, procurando hacerse entender por señas ó por algunas palabras de una jerga rusa é inglesa.

Mediante la módica suma de diez *sen* (cerca de veinticinco céntimos) por una carrera ó de

veinte *sen* la hora, el *kurnei* lleva á su cliente de una colina á la otra con la ligereza de un caballo. Algunas veces un europeo civilizado les da golpes con el bastón ó el paraguas para animarlos.

El pobre diablo, que trabaja como una bestia de carga, está obligado á dar una parte de su ganancia al propietario del coche y pagar una contribución á la ciudad para obtener el derecho de ganarse la vida en este triste oficio.

Su alimento se compone de arroz y pescado de la peor calidad.

Pero volvamos á la ciudad.

La mayor parte de las casas son de madera y tienen dos pisos. El piso bajo lo ocupa, por lo general, un almacén, un restaurant ó un taller. Yo me he preguntado cómo tan innumerables tiendas pueden encontrar clientela y cuál es el secreto de su existencia.

En mis paseos á lo largo de las calles, yo era el sólo comprador en una larga fila de almacenes: cuando por casualidad entraba en uno, era acogido como un objeto de curiosidad.

Las casas del barrio japonés están construídas de una manera maravillosa, ligeras y aéreas, como si no debieran servir más que para residencia de verano. En toda la ciudad reinaba un orden sorprendente: las calles estaban bien pavimentadas, cuidadosamente barridas y limpias por los vecinos de las casas que las forman. No existe polvo; el aire, maravillosamente puro y dulce, hace dilatar los pulmones. Un gran número de rusos é ingleses han escogido á Nagasaki para establecer á los enfermos del pecho.

Un barrio europeo, que se extiende no lejos del malecón, está formado de hoteles, restaurants, bancos y casas de comercio. Las calles son mu-

cho más anchas, las casas sólidamente construídas con el piso bajo de piedra, y muchas de entre ellas embellecidas por verjas y jardincitos. La vida en Nagasaki es extraordinariamente económica, pero muy monótona, sobre todo para los extranjeros que no conocen la lengua del país. No hay muchas cosas que ver: dos ó tres templos de Budha con estatuas gigantescas de *Cakya-Mouni*, un museo nacional lleno de muestras de los productos del país y las famosas casas de té, son lo único que merece llamar la atención del viajero. Los alrededores son muy pintorescos; á cada paso se puede admirar el trabajo y la paciencia de los japoneses, que no dejan improductiva la menor parte de la tierra. A excepción de las rocas y las montañas, todo está cultivado con gran esmero. A pesar del entusiasmo que el indígena pone en su trabajo, hay en su existencia algo de fantástico y de heroico. En este país de encantos y de ensueños, parece que nada es real y que las imágenes se suceden ante los ojos como en un cinematógrafo. La gente, hombres y mujeres, y sobre todo las jóvenes japonesas, contribuyen á que se forme esta ilusión.

Los progresos realizados por el Japón en la segunda mitad del último siglo son muy notables, pero se han exagerado por ciertos europeos, y sobre todo por los japoneses mismos. Una parte pequeña de la población se ha beneficiado de la civilización europea, los que viven en los puertos.

No sólo las creencias, sino las costumbres y los usos y hasta la manera de vivir, no ha variado en el campo y las aldeas de lo que era hace años. La honradez y la confianza que reinan en todo son las señales más evidentes de las costumbres primitivas; hoy todavía en el Japón ninguna casa ni

almacén está cerrado durante la noche; nadie quita nada á otro, y los objetos encontrados por azar son inmediatamente devueltos á sus propietarios. Pero en los puertos de mar, donde la civilización europea se deja sentir, los naturales no tienen ya el mismo concepto de la honradez.

Dejé Nagasaki á bordo del gigantesco paquebot *China*, que pertenecía á una compañía americana de transportes. Tomé billete de una clase intermedia, entre segunda y tercera, que me costó 180 *yens*, cerca de 450 francos. A pesar del precio elevado, la instalación y el alimento eran detestables: los platos estaban mal preparados. Seis personas partían cada camarote, incómodos y estrechos como calabozos, divididos en tres compartimentos; no había sitio donde pasear y era preciso pasar veintiún días en estas condiciones lamentables.

Me detuve dos días en Yokohama y visité Tokio, la capital del Japón, que no dista de la primera más que veinte minutos en camino de hierro. No me extenderé sobre mis impresiones, porque mi estancia fué corta y son superficiales.

Durante los cinco primeros días de mi viaje hasta Yokohama no pude hablar con ninguno de los compañeros porque no sabía el inglés; luego nos reunimos un francés, un alemán y un japonés que conocía un poco el alemán y constituímos una interesante sociedad internacional; las conversaciones, las risas y las anécdotas ocuparon todo el tiempo que no consagramos al sueño y la lectura.

Al séptimo día llegamos á Honolulu, capital de las islas Hawai, donde debíamos hacer una escala de veinticuatro horas.

En Blagowestchensk había sabido por casuali-

dad que uno de mis buenos amigos, el doctor N. Rossel, habitaba en una de esas islas; cuando echamos pie á tierra decidí hacerle una visita, en caso de que estuviera en esta ciudad. Con ayuda de mi compañero de viaje francés, supe aquella tarde misma que Rossel vivía en otra isla, pero que por el momento se encontraba en Honolulu.

Fuí á su casa, y como no le encontré le dejé una carta en que le manifestaba que uno de sus viejos amigos que hacía el viaje de Siberia á Europa, sería muy dichoso de verlo y le rogaba que fuese á la mañana siguiente abordo del *China* y preguntase por *el Ruso*. No quise firmar con mi nombre porque deseaba ver si me reconocía después de veinte años que no nos habíamos visto.

A la mañana siguiente me hallaba sobre el puente del barco cuando vi venir un hombre de cabellos grises, vestido de blanco; me acerqué á él, dudando si era mi camarada de otras veces y le vi que buscaba *al Ruso*. Le llamé por su nombre y le pregunté si sabía quién era. Me miró largo tiempo, pero no pudo reconocermé, tanto había cambiado desde la última entrevista. Entonces le dije mi nombre.

—¡Es usted Deutsch! ¿Cómo se halla usted aquí?—exclamó estrechándome en sus brazos.

Le conté en pocas palabras la historia de mi evasión y le dije que volvía á Europa.

—¿Y quiere usted partir hoy mismo? ¡No, no puede ser! Quedará usted aquí dos días conmigo y luego vendrá á mi quinta de Hawaï.

Su invitación era tan cordial que hubiera aceptado de buena gana, pero no podía perder la suma de doscientos francos que costaba la travesía desde Honolulu á San Francisco. Cuando se lo dije así, el doctor Rossel gritó:

—¡Qué tontería! Eso no debe importarle; si está usted escaso de dinero yo pagaré la travesía.

Después de una corta vacilación me rendí á sus instancias y le acompañé á tierra.

\*  
\* \*

Supe que el doctor Rossel no sólo era médico en Hawaï, sino miembro del Senado, y que se encontraba en Honolulu para tomar parte en las discusiones de esta asamblea.

Estuve algunos días en esta ciudad, que cuenta con 40.000 habitantes, y en ese tiempo admiré sus maravillosas bellezas. Después partimos reunidos para la isla de Hawaï, donde la señora Rossel nos esperaba en la quinta. Estuve seis semanas con mi amigo y pude conocer las condiciones económicas y el pasado de estas islas encantadoras.

La vida de los primeros ocupantes, los canacas, ofrece numerosos detalles, á la vez pintorescos y trágicos, pero no tengo espacio para contarlos todos; baste decir que á causa de los procedimientos especiales de *civilización* que los americanos introdujeron en el país, los aborígenes murieron con increíble rapidez.

De 400.000 habitantes sanos y fuertes que contenía el archipiélago en el momento en que fué descubierto por el capitán Cook, no quedaban después de dos siglos más que unos 20.000, llenos de enfermedades que eran desconocidas antes de la llegada de los europeos. Los misioneros de Boston, que han venido á implantar el cristianismo, se han apoderado por la violencia y la ignorancia de las mejores tierras y sacan todos los

años varios millones de francos de las lujuriantes plantaciones de caña de azúcar.

Mi estancia en casa del doctor Rossel fué de las más agradables. Hicimos numerosas excursiones por todas partes de las islas para admirar sus bellezas, en especial al volcán Kilauea. Visitamos las plantaciones y las casas de los aborígenes, y en nuestra conversación teníamos á veces como milagroso habernos encontrado en las lejanas islas del Océano Pacífico.

\*  
\* \*

En fin, hacia los últimos días de Julio emprendí mi viaje, esta vez en un barco de vela. La travesía de Hawái á San Francisco no duró menos de veintiséis días.

Durante todo el viaje tuvimos un tiempo maravilloso, pero los días eran aburridos y me sentí feliz cuando el 25 de Agosto por la tarde entramos en el puerto de San Francisco.

El doctor Rossel me había dado cartas para algunos amigos que tenía en la ciudad, y gracias á ellos pude orientarme en la capital de California. Diez días después lo había visto todo y descansado de las fatigas continué mi camino por Chicago y Nueva York.

En Chicago, gracias á las recomendaciones que me habían precedido, me recibieron dos polacos socialistas que habían emigrado de su país y habitaban en esta ciudad. Me hicieron una acogida muy cordial, pero no pude estar más que dos días con ellos. Mac Kinley, el presidente de los Estados Unidos, había sido asesinado precisamente la víspera de mi llegada á Chicago; los

americanos parecían haber perdido la cabeza y perseguían á los socialistas pacíficos lo mismo que á los anarquistas; mis amigos me aconsejaron que fuera prudente durante mi estancia en América y no diera á conocer mis opiniones políticas.

En Nueva York, un compañero, el doctor Ingermann, me ofreció hospitalidad en su casa. Diferentes razones me decidieron á quedarme algún tiempo con él, y cuatro semanas después tomé pasaje á bordo del steamer inglés *Satrapia*, que debía conducirme á Liverpool.

No contaré nada de mi viaje al través del Océano Atlántico, de los trece días que pasé en Londres, ni de París, donde me detuve dos semanas, porque nada de particular me ocurrió en ese tiempo. Encontré en todas partes antiguos camaradas que durante los largos años de separación habían cambiado mucho; algunos no me reconocían y todos me miraban como si viniera del otro mundo.

A principios de Noviembre dejé París para ir á Zurich. Éste era el término de mi viaje, que había durado seis meses desde Blagowestchensk. Era allí donde habitaban mis amigos, la familia Axelrod, de los que había estado separado durante diez y siete años. Llegué á su casa el 5 de Noviembre, después de un viaje alrededor del mundo que no había realizado por mi voluntad.

—¡Mira; si no ha cambiado nada!—gritó Axelrod volviéndose hacia su mujer y señalándome con el dedo.

Pero no era más que la impresión del primer momento en que me volvía á ver.

\*  
\* \*

Dos años han pasado desde que me es permitido vivir en un país libre é ir de una ciudad á otra. He podido durante este tiempo instruirme de las condiciones sociales y económicas de Europa occidental, pero lo que me interesa sobre todo son los acontecimientos que han precedido á mi instalación en Zurich.

Veinte años son un corto espacio de tiempo en la vida de todo un pueblo, pero en este intervalo se han introducido en Rusia modificaciones dignas de llamar la atención hasta de un observador superficial.

En la época de mi arresto en Friburgo, sólo la juventud de las escuelas se revolvía contra las condiciones sociales y políticas que oprimen á Rusia. Poco á poco esta oposición fué desapareciendo, y en 1890 volvía á reinar la más abyecta reacción; pero un movimiento en sentido contrario se produjo durante los últimos años.

Se puede valuar en varios millones el número de folletos que se habían editado en las imprentas secretas y fueron esparcidos desde allí á través del inmenso imperio ruso, para excitar á la rebelión contra la autocracia del zar. Encontraban favorable acogida entre la población de las grandes ciudades y de los centros industriales. Grandes masas de trabajadores se unían á los estudiantes para reivindicar la libertad política y la supresión de la tiranía. El zar y los ministros no retrocedían ante los medios más violentos y más enérgicos de sofocar el incendio que amenazaba devastar todo el país. La ley *marcial* fué proclamada en una gran parte del imperio; los calabozos no bastaban á contener tantos prisioneros, y trenes enteros conducían á Siberia á los que osaban protestar. Todas las represalias eran impotentes para reprimir el movi-

miento. ¡Bien pronto sonará la hora de que la autocracia no sea más que un recuerdo histórico, y entonces se podrá decir, por la primera vez, que todas las ejecuciones de Rusia y Siberia no han sido estériles!

\*  
\* \*

Cambios importantes se han verificado también durante los veinte años últimos en numerosos países de la Europa occidental, que forman contraste con los de Rusia. En Alemania, la ley de excepción contra la democracia social ha sido revocada, y esta circunstancia no tiene sólo una gran influencia sobre una parte, sino sobre la totalidad del pueblo alemán.

En un punto sólo Alemania no ha hecho ningún progreso; siempre está pronta á ponerse al servicio del despotismo ruso. Lo mismo que yo, que no había cometido nunca el menor delito en Alemania y fui hace diez y ocho años entregado al gobierno ruso, uno de mis compatriotas ha tenido la misma suerte en ese país.

Mientras que yo corrijo las pruebas de estas impresiones de mi vida, el antiguo estudiante ruso Kalajef ha sido sin ningún motivo arrestado en Myslowitz y puesto entre las manos de los gendarmes rusos. El curso de los años no ha modificado los procedimientos de la policía prusiana, pero en honor de la gran nación germánica, debo decir que la prensa toda entera ha protestado con indignación del servilismo de la Alemania oficial para con el gobierno ruso.

¿Y la Francia?

Allí también se han realizado varios cambios, pero...



Veinte años antes, cuando mi última estancia en París, la joven República, apenas curada de las heridas que le causaron los soldados prusianos, estaba lejos de buscar una alianza con Rusia.

Recuerdo que en 1880 la Francia, que tenía á su frente á Gambetta, rehusó valientemente á Alejandro II entregarle al terrorista Hortmann, arrestado en París bajo la acusación de un atentado contra el zar.

Y ahora la generosa y heroica nación es aliada de la más cruel y déspota; la gran República del continente sostiene moral y materialmente la llama de la reacción, el más triste estado de cosas en el imperio de los zares.

Sin su apoyo, el gobierno de Petersburgo hubiera caído hace largo tiempo bajo los golpes de la población sublevada.

Pero los capitalistas franceses dan al autocratismo ruso la posibilidad de oprimir millones de hombres por medio de los gendarmes, las bayonetas y las prisiones. Es Francia la que provee al zar de los medios necesarios para continuar una guerra vergonzosa, pero esta aventura abrirá sin duda los ojos á la gran nación y romperá esta alianza anormal.

Entonces caerá el gobierno venal y corrompido y el sol de la libertad lucirá sobre la desgraciada Rusia, enrojecida con la sangre de sus hijos.

FIN

## INDICE DEL TOMO SEGUNDO

<u>Capítulos.</u>	<u>Págs.</u>
XX.—De Krasnoyarsk á Irkoutsk.—Inútil conflicto.—Las mujeres mártires en la prisión de Irkoutsk. . . . .	5
XXI.—Una lección al jefe de policía.—Encuentro con compañeros deportados.—De Irkoutsk á Kara.—Cadenas robadas.—Todavía un conflicto.—Llegada á Kara. . .	17
XXII.—Los primeros días de prisión en Kara.—Viejos y nuevos conocimientos. . . . .	33
XXIII.—La organización de nuestra vida en común.—Los <i>sirios</i> .—Apuesta. . . . .	45
XXIV.—Historia de la prisión de Kara.—El <i>Gato</i> .—La cámara del <i>Synedryon</i> .—La primavera. . . . .	57
XXV.—Estado de espíritu y pasatiempos en la prisión.—Dos comandantes nuevos.—El hospital.—Resistencia á mano armada. . .	73
XXVI.—Departamento de las mujeres.—Comienzo de un drama. . . . .	93
XXVII.—Los <i>colonos</i> .—Incidentes en la prisión de mujeres. . . . .	103
XXVIII.—El centenario de la Revolución francesa.—Sergio Bobochoff.—El fin del drama. . .	113
XXIX.—Rumores alarmantes.—Una visita del gobernador general.—Fuera de la prisión. .	121